

## MANO, BOCA, CORAZÓN, RODILLAS Y PIES: LAS FORMAS DE LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

Andrea GRILLO

De nuevo recientemente, con tomas de postura de diferente calibre y autoridad, se ha vuelto a discutir sobre la «forma» de la comunión eucarística. Es posible que lo hayan suscitado el «confinamiento y la posterior *desescalada*», durante los que se ha visto la «comunión en la mano» como «forma impuesta». El debate abierto a menudo se ha vuelto encendido y hasta exasperado. Hasta llegar a hablar de «sacrilegio» o «herejía» refiriéndose a esta forma de recibir la comunión. Hace poco que Matías Augé fotografió muy bien los límites del debate en una breve pero aguda reflexión.<sup>1</sup> Un poco antes el profesor Claudio U. Cortoni había hecho una minuciosa reseña en este mismo blog sobre un libro muy frágil<sup>2</sup> que manifestaba con claridad las limitaciones espirituales y científicas de estas lecturas exasperadas de la tradición. Para clarificar más aún la cuestión quisiera proponer dos reflexiones. La primera es de hace unos 50 años, de un libro de J. Ratzinger, en el que vuelve a proponer

*Andrea Grillo es doctor en teología litúrgica, además de licenciado en derecho civil y filosofía (Italia).*

---

\* Este texto, publicada por el autor en italiano [en línea], *Rivista europea di cultura*. 11-7-2020 <<https://www.cittadellaeditrice.com/munera/mano-bocca-cuore-ginocchio-e-piede-le-forme-della-comunione-eucaristica/>> [Consulta: octubre 2020 línea], ha sido traducido al español por Lino Emilio Díez Valladares, SSS.

1 Cf. Matías AUGÉ BENET, «La comunione nelle mani e la pandemia», [en línea] *Munus: Liturgia e dintorni*. 14-1-2020 <<http://liturgiaedintorni.blogspot.com/2020/06/la-comunione-nelle-mani-e-la-pandemia.html>> [Consulta: agosto 2020].

2 Cf. Adrea GRILLO, «Baluardo o cavallo di troia? Una recensione del volume dedicato alla «comunione sulla mano», introdotto dal card. Sarah (di Claudio U. Cortoni)» [en línea] *Munera. Rivista europea di cultura*. 1-3-2018 <<http://www.cittadellaeditrice.com/munera/baluardo-o-cavallo-di-troia-una-recensione-del-volume-dedicato-alla-comunione-sulla-mano-introdotto-dal-card-sarah-di-claudio-u-cortoni/>> [Consulta: agosto 2020].

algunas reflexiones de carácter espiritual sobre la Eucaristía y en el que se incluye una interesante consideración de las «diversas formas» de la comunión eucarística. Después, quisiera articular una breve meditación ulterior, sobre la relación entre estas diversas formas y su complejo impacto en la tradición eclesial.

### 1. BALTHASAR, RATZINGER Y LA DINÁMICA ENTRE MANO, BOCA Y CORAZÓN

En un texto de los años 80, H.-U. Von Balthasar (*Piccola guida per i cristiani*, Milano: Jaca Book, 1986 [ed. orig. 1980], 111-114) cita a J. Ratzinger para defender la posibilidad de que el «hacer la comunión» salga de la exclusiva «comunión en la lengua». Escribe así:

Escandaliza, como ya afirmara Guardini, quien pretende tener razón aduciendo argumentos ‘penúltimos’, o sea no perentorios... [...] Lo que, además, los tradicionalistas no tienen en cuenta, es que casi todo lo «nuevo» introducido en el Misal de Pablo VI deriva de las más antiguas tradiciones litúrgicas, que su pieza fuerte, el Canon Romano, ha quedado inmutable, que el recibir la hostia en las manos y de pie fue habitual hasta el siglo IX y algunos Padres de la Iglesia atestiguan que los fieles se tocaban devotamente los ojos y las orejas con la hostia antes de consumirla. No deberíamos olvidar, dice Ratzinger, «que impuras son no solo nuestras manos, sino también nuestras lenguas» –Santiago dice que la lengua es nuestro miembro más pecador (Sant 3, 2-12)– «y también nuestro corazón... El mayor riesgo y al mismo tiempo la máxima expresión de la misericordiosa bondad de Dios es que sea lícito tocar a Dios no solo con las manos y la lengua, sino también con el corazón» (J. RATZINGER, *Eucharistie –Mitte der Kirche. Vier Predigten*, Muenchen: Erich Wewel, 1978, 45).<sup>3</sup>

Es muy clara, en el texto de Ratzinger, una serena dinámica de correlación entre manos, boca y corazón, que merece ser analizada ulteriormente.

---

3 Traducción española: J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la Iglesia*, Valencia: Edicep 2003. (Íd., *Obras Completas*, Tomo XI, Teología de la Liturgia, Madrid: BAC 2012, 223-263).

## 2. LA TRADICIÓN DEL «HACER LA COMUNIÓN» Y LAS FORMAS DE LA «FE EUCARÍSTICA»: DE LAS MANOS HASTA LAS RODILLAS Y LOS PIES

«Tomad y comed todos». La Iglesia se ha sentido siempre vinculada por este doble mandato. La acción del tomar implica el empleo de la mano, la acción del comer es propia de la boca. Pero juntas, y desde siempre, tanto la mano como la boca remiten más allá de ellas mismas, al corazón, a la mente, al alma, a la vida. Así pues, en el «rito de la comunión» se implican siempre tres niveles: el de la exterioridad de la mano, el de la frontera entre lo interno y externo que es la boca y el puramente interior que es el corazón. Puede ser muy útil considerar las múltiples y complejas relaciones que vinculan profundamente estos tres niveles diferentes, nunca contradictorios entre ellos sino polares y en tensión. Trato de hacerlo considerando cuatro perspectivas diferentes desde las que examinarlos.

### 2.1. El nivel antropológico

El hecho de que la relación de intimidad con Cristo, con su vida y con su muerte, con su cuerpo y con su sangre, con su palabra y con sus acciones, pase a través de la competencia de las manos, de la boca y del corazón nos hace recordar que el hombre tiene su especificidad «en la *ratio* y en las *manus*» (Tomás de Aquino). Y que lo que mantiene unidos la razón (*ratio*) y el tacto (*manus*) es el lenguaje, que tiene en la boca su órgano. La boca habla y la boca come. Come «por naturaleza» y habla «por cultura». Pero «la cultura de la boca» es posibilitada por el hecho de que las manos sustituyen a la boca en todo lo que es «servil». Solamente en el género humano se da este milagro: gracias al «fino tacto» es posible al hombre liberar la boca de algunas funciones serviles –arrancar la hierba de la tierra, morder las presas a devorar– y hacerla disponible para la palabra y acceder así a la razón. Ya en el plano antropológico, deberíamos decir, nosotros pensamos porque hablamos, pero hablamos porque las manos liberan la boca para acceder a la palabra.

### 2.2. La experiencia de la «pureza ritual»

La primera consideración en el plano antropológico nos permite releer la cuestión de la «pureza» de un modo nuevo. A menudo se

oye: la mano está sucia, porque es servil, mientras que la boca está limpia. En realidad las cosas son mucho más complejas. Porque la mano tan fácilmente se ensucia como fácilmente se limpia. Limpiar las manos es relativamente fácil, aun cuando la metáfora de las «manos limpias» sea un serio problema. La boca, sin embargo, puede ensuciarse mucho más profundamente y para limpiarla de palabras inmundas hace falta mucho más tiempo y procedimientos mucho más complejos. Con mayor razón podemos decir esto del corazón: un corazón sucio, un espíritu insano, una mente retorcida exigen purificaciones, terapias e higienizaciones que pueden requerir una vida entera. La exterioridad de la mano no es sinónimo de «impureza», igual que la interioridad del corazón no equivale a pureza.

### 2.3. El proceso de transformación del sujeto

El hacer comunión es «historia de los sujetos» en relación a Cristo. La tradición de la Iglesia ha sabido siempre que «tomad y comed» se encarna en «formas de *manducación*» que pueden ser «sacramentales» o «espirituales». Comer con la boca o comer con el corazón son «usos del sacramento» –citando la terminología escolástica– que tienen el mismo contenido. Pero la forma no es irrelevante. La forma más simple es la «espiritual». Pero su «pureza», que implica una intervención corpórea limitadísima, es también su límite. Una comunión «solo de corazón» es por tanto, a la vez, el máximo y el mínimo de la vida eclesial. Por ello una relación «sensible» con el «pan eucarístico» –es decir, no una relación solo «de corazón», sino una relación de mano y de boca– ha tenido siempre una prerrogativa insoslayable y fundamental. Para el clérigo de modo estructural y ferial, para el simple bautizado de modo extraordinario y festivo. La «comunión pascual» ha sido el signo secular, raro pero resistente.

### 2.4. La disciplina de la Iglesia

En todo ello ha interferido después la disciplina eclesial, con sus praxis y sus normas. Así durante largo tiempo, a partir de los siglos X y XI, se afirmaba una praxis en la que solo los sacerdotes

tomaban, comían y nutrían el corazón. Al pueblo de Dios no le estaba permitido no solo el «tomar», a menudo también el «comer». Alimentaban el corazón sin tomar y sin comer, si acaso una vez al año. En el último siglo, a partir de Pío X, la «comunión frecuente» –desde 1905– comenzó a cambiar las cosas. No solo el «alimentar el corazón», también el «comer con la boca» se hizo más frecuente. Todavía más recientemente el «tomar» en la mano ha recuperado el tercer momento de la praxis institutiva e institucional de la Eucaristía. La sospecha hacia este enriquecimiento de la mano, respecto a la boca y al corazón, debe ser superado. En la disciplina eclesial es fácil identificar lo simple con lo puro. También en el caso de la Eucaristía una «comunión espiritual» entendida como plenitud última puede ser fácilmente traducida en una simplificación clerical. El acceso de todo el pueblo a la plenitud de las acciones eucarísticas –tomar con la mano, comer con la boca y creer con el corazón– es una gran «escuela de oración» (Pablo VI).

Si quisiéramos llevar a sus últimas consecuencias este razonamiento deberíamos decir que además de la mano, de la boca y del corazón la Iglesia tiene otros dos órganos de la comunión: las rodillas y los pies. En una Iglesia en la que la mano de los fieles carece de dignidad, a la boca que recibe le corresponden las rodillas. Esta ha sido durante largos siglos la forma de la «comunión fuera de la misa». Pero cuando la comunión vuelve a ser parte del rito de la misa, a la recuperada dignidad de la mano corresponde la renovada función de los «pies» en la procesión ritual. No solo las rodillas, también los pies son capaces de culto y de adoración. Pueden serlo en la procesión de comunión, mediante la cual la Iglesia recibe en la mano, come con la boca y cree con el corazón que la comunión entre el Hijo y el Padre, en el Espíritu, es don para todos y a todos transforma en «cuerpo de Cristo».